

CAPÍTULO I

EL PODER Y LA PALABRA: ANÁLISIS DEL DISCURSO POLÍTICO, EL CASO DE OBAMA EN EL CAIRO EN 2009.

Manuel Bermúdez Vázquez
Universidad de Córdoba

Resumen

La relación entre el poder y la palabra tiene una larguísima y aquilatada tradición. Los primeros filósofos griegos lo vieron desde el comienzo mismo de la retórica. De hecho, la anécdota recogida del nacimiento de la retórica, atribuida a dos personajes de los que sabemos muy poco, Córax y Tisias, vincula la aparición de la democracia con el uso de las técnicas retóricas para persuadir a un grupo numeroso de ciudadanos.

La palabra, con su sofisticación inevitable de los últimos años, ha contribuido a modelar el mundo tal y como lo entendemos hoy en día. En nuestro tiempo, es decir, en los últimos 20 años, ha habido una serie de discursos que han influido en el diseño no solo de políticas concretas, sino en toda la trama que teje la realidad que nos rodea. Uno de esos discursos de importancia capital fue el que dio el presidente de EEUU, Barack Obama, en la universidad de El Cairo (Egipto) en las postrimerías de la primavera del año 2009. La relación entre el mundo occidental, representado por Obama, y el mundo musulmán, dentro de su inmensa heterogeneidad y variedad, se ha visto enormemente influida por estas palabras allí pronunciadas.

Es nuestro propósito, pues, analizar el contenido y la influencia de este discurso.

Palabras clave: Análisis del discurso, pensamiento crítico, Obama, filosofía, retórica.

Introducción

La discusión sobre los límites del poder y las libertades individuales tiene una rancia tradición filosófica e intelectual (Razeto, L., 1981; Pereira y Patino, 2009) Uno de los pensadores que revolucionó los estudios de este género fue Michel Foucault, quien prestó una atención especial a los modelos de castigo. Manicomios, cárceles, asilos de ancianos son analizados desde el punto de vista de este pensador francés. Considera todas estas instituciones unas estructuras vinculadas a los sistemas de poder que necesitan de una urgente reevaluación. Tras sus análisis de la relación entre el poder y la palabra resulta imposible mirar el mundo de la misma forma.

Foucault ha sido un digno exponente de la modernidad filosófica, su objetivo fue iluminar las zonas de los márgenes de la sociedad que, tradicionalmente, quedaron fuera del análisis del pensamiento filosófico, por ejemplo el ámbito de la homosexualidad, la enfermedad mental, la cárcel.

Los estudios de los sistemas de poder que lleva a cabo el pensador francés tienen su comienzo en el estudio de las cárceles. Toma ese modelo de disciplina social, que parte de la premisa de que la sociedad exige que se castigue y se haga sufrir al delincuente, y lo amplía a todo el espectro social. Pone el énfasis en la relación entre el poder y el saber. Partiendo de un cliché intelectual como es la expresión “el saber es poder” se pregunta cómo actúa el saber para articular el poder. Un grupo de poder establece qué es la verdad, pero no parece que exista una verdad absoluta. Entonces, qué significa el saber. El saber, pues, sería lo que un grupo de gente comparte y que decide que va a ser la verdad. La verdad define lo que va a ser lo correcto y lo incorrecto, la bondad y la maldad, lo normal y lo patológico. A través de esta verdad, el poder disciplinario controla la voluntad y el pensamiento en un proceso que Foucault llama “de normalización”. Normalizar implica numerar y controlar a los individuos para que cumplan su rol dentro del cuerpo social. ¿Cómo se normaliza un cuerpo social? A través del lenguaje, a través de la palabra (Foucault, 2002, pp. 91 y ss.).

Foucault afirma que, aunque nos parezcan naturales o incluso evidentes, los saberes o discursos son fruto de determinadas condiciones. Las prácticas sociales han creado un lenguaje que se apoya en definir los conceptos a través de sus opuestos. Este lenguaje definiría al discurso. Cuando empleamos el concepto “discurso” nos referimos a cualquier cosa escrita o dicha, cualquier elemento que disponga entre sus partes de nociones del lenguaje (Foucault, 2002, p. 36). Foucault, además, le da un sentido específico. Discursos son los escritos pertenecientes a un área de saber técnico y provistos de un saber específico (Foucault, 1997, 50-53). Por ejemplo, aunque quede en los márgenes del estudio previsto en estas páginas, resulta interesante realizar un breve comentario sobre el discurso a propósito de la locura. La forma en que psiquiatras, psicólogos y otros expertos hablan sobre la locura provoca que se defina la locura como anormal. La locura es anormal, por lo tanto, define la normalidad. Que los anormales sean excluidos no implica que no sean importantes. La gente normal se ocupa de estudiar la anormalidad casi de forma obsesiva. Así, podemos establecer que es a través del análisis de la anormalidad como se establecen las relaciones de poder en una sociedad dada. Las personas normales tienen poder sobre las anormales. El psiquiatra define al loco, el médico define al enfermo y el abogado sería la contraparte del delincuente (Foucault, 1998). La locura implica la exclusión de cierta gente a través del confinamiento y el encierro (Foucault, 2003, 31-50).

En conclusión, el pensamiento de Foucault nos sirve de umbral al análisis de la realidad política contemporánea, pues su idea de que el poder es una red compleja, multidireccional, continua y azarosa define el escenario internacional del siglo XXI. Y justamente en este contexto surge el discurso de Barack Obama en el Cairo en 2009.

2. El discurso de Obama

El presidente de EEUU, Barack Obama, dio un discurso en la Universidad de El Cairo el día 4 de junio de 2009 que fue una auténtica presentación de su política exterior en relación al mundo musulmán. En un discurso breve de pocas páginas se le comparó con Kennedy y su discurso en Berlín en 1963 e incluso logró cierta reacción positiva de Hamás (Murphy Lewis, 2009, p. 129).

El discurso estaba perfectamente estructurado en varias partes. Primero se ocupó de las relaciones de EEUU con los países musulmanes, para ello se hizo presentar con su nombre completo, Barack Hussein Obama, de modo que se construía un *ethos* apropiado al recordar las raíces y vínculos familiares que el presidente estadounidense tenía con el mundo musulmán. Segundo, habló de la necesaria cooperación entre iguales, lanzando un alegato directo a las relaciones bilaterales entre EEUU y Egipto, un país de gran importancia para la política internacional estadounidense y que, por entonces, era el segundo receptor de ayuda militar de EEUU. Y tercero, un análisis de las cuestiones más peliagudas y controvertidas en el mundo musulmán. Esta última parte fue valiente porque no mostró ningún titubeo a la hora de señalar las divisiones y problemas que el ámbito musulmán tiene, no solo en cuanto a la heterogeneidad de su seno, sino también con las relaciones con el mundo occidental.

Obama, en esta última parte de su discurso, omitió deliberadamente el término “terrorismo” y prefirió emplear el de “extremismo”, para acercarse también al auditorio presente de manera que este pudiera posicionarse sin problemas contra ese elemento de expulsión (Murphy Lewis, 2009, p. 132). La expulsión es una herramienta muy agresiva desde el punto de vista retórico. Como es evidente, el antagonismo precisa de dos elementos enfrentados para producirse y, si se elimina una de esas partes, se acaba también con el antagonismo (Bermúdez, 2016, p. 936). El orador que tiene el uso de la palabra y decide emplear esta estrategia niega una determinada coyuntura que puede estar en el imaginario colectivo de su auditorio.

La mayoría de las afirmaciones que realizó Barack Obama en su discurso podrían ser asumidas por los principales líderes políticos internacionales. La corrección de algunas de las ideas que transmitió es evidente, y existe un claro interés por sentar unas bases comunes para comenzar un diálogo fructífero que permita a EEUU afrontar una nueva etapa en sus relaciones con

el mundo islámico (Castro, F., 2009, p. 2). Fidel Castro, en su análisis del discurso de Obama, contempla la inevitable dificultad que Obama tenía que enfrentar entre los principios que predicó en Egipto y la política exterior agresiva e intervencionista que EEUU lleva practicando prácticamente desde final de la II Guerra Mundial (Castro, F., 2009, p. 4).

Noam Chomsky, por el contrario, consideró que el discurso de El Cairo no era sino un fuego de artificio retórico cuyo único propósito era señalar a Israel y Palestina para que abandonen la tensión del conflicto que les enfrenta (Chomsky, 2009, p. 1). Para Chomsky, la responsabilidad principal del conflicto palestino-israelí recae en Estados Unidos y el papel que ha desempeñado en todo Oriente Medio. Desde la perspectiva retórico, hemos de decir que el discurso de Obama abunda en herramientas como la exaltación y el halago, los recursos más frecuentes en las 6000 palabras que tiene aproximadamente su intervención. La exaltación y el halago sirven, fundamentalmente, para superar la separación inherente que hay entre el orador y el auditorio. Por ejemplo, la exaltación sirve para mostrar una tercera parte que se convierta en un valor común que todos puedan y deban respetar o reconocer (Bermúdez, 2016, p. 933). Con el halago se destacan las cualidades más destacables del auditorio que, en ocasiones, se identifican con posiciones de humildad, incluso reconocimiento de errores.

Chomsky insiste en que hay cierto grado de hipocresía en la intervención del presidente de los Estados Unidos cuando la idea principal que transmite su discurso sobre el conflicto israelí es la misma iniciativa que viene siendo repetida por la política internacional y la propia ONU, la de llegar a un acuerdo biestatal en la región (Chomsky, 2009, p. 2).

Otra de las sugerencias explícitas que hay Obama en el Cairo consiste en invitar a los países musulmanes a normalizar su relación con Israel, pero ignorando olímpicamente el necesario acuerdo político previo.

3. Análisis del discurso

El gabinete de prensa de la Casa Blanca puso especial énfasis en publicitar la intervención de Barack Obama en la universidad cairota. Sus palabras eran esperadas y fueron escuchadas con fruición no solo por el público asistente, sino por prácticamente todo el mundo musulmán y parte del occidental. Sobre todo porque en el momento en que se produjo dicho discurso, junio de 2009, se esperaba un cambio radical de la orientación geo-política de Estados Unidos con los países musulmanes en general y con Oriente Medio en particular.

En El Cairo incluso llegaron a venderse camisetas con el nombre de Obama (González, R. y Soler, E., 2009, p. 1). La mayor parte de los periodistas, políticos y especialistas que analizaron el discurso llegaron a la conclusión de que la impresión que transmitió Obama fue sincera, de modo que, quizá,

aquellas palabras conducirían a un cambio de política radical (González, R. y Soler, E., 2009, p. 1).

Joschka Fischer, el que fuera ministro de asuntos exteriores alemán y vicescanciller en el periodo que va de 1998 a 2005, comenzó su análisis diciendo que “los grandes discursos son minusvalorados demasiado a menudo al ser considerados meras palabras. Pero, de hecho, pueden llegar a tener consecuencias muy poderosas” (Fischer, J, 2009, p. 1). Esta afirmación de Fischer pudo tener su razón porque, pocas semanas después del discurso de Obama, se confirmaron ciertos cambios en países como Irán, o Líbano, en este último hubo unas elecciones donde los partidos pro-occidentales inflingieron una dura derrota electoral a Hezbollah y sus aliados.

En general, podemos establecer tras el análisis pormenorizado de los párrafos que constituyen el discurso cairota de Obama que los elementos más suaves del elenco de instrumentos retóricos que el presidente norteamericano tenía a su disposición dominaron su intervención. Dicho con otras palabras, el uso de la exaltación, el halago y el desplazamiento (Bermúdez, 2016, pp.932-934) conducen a una política de la mano tendida buscando más la conciliación que el conflicto (González, R. y Soler, E., 2009, p. 1). Sobre todo se persigue mejorar la imagen de EEUU en los países árabes.

Se produce, de este modo, un contraste marcado con la política exterior de la administración Bush. Sin embargo, este contraste está más allá de las tradicionales etiquetas de política de “halcones” frente a “palomas” (Murphy Lewis, 2009, p. 132). El discurso de Obama no permite establecer con claridad cuál de ambas posturas encaja mejor con su mensaje.

El evitar el uso de la palabra “terrorismo” supone también un gran cambio de estilo. Las frecuentes citas de la Biblia como del Corán y la Torah muestra (González, R. y Soler, E., 2009, p. 1), de nuevo, una propuesta de convivencia con cierto regusto ecuménico y, sobre todo, de respeto por todas las religiones. Respeto que se profesa pero que también se exige. Pues el respeto es un concepto binario, o se ejerce o no se ejerce, no hay grados de respeto.

El discurso de Obama en El Cairo supuso un evidente giro de la política exterior de EEUU en Oriente Próximo. Además, facilitó las relaciones transatlánticas y mejoró la imagen de EEUU en los países árabes. La solicitud de coordinación entre la Unión Europea y Estados Unidos que vino de la mano del manifiesto que propuso el periódico francés *Le Monde* junto con otros medios de comunicación contó con la firma de diversos políticos europeos (*Le Monde*, 2009).

El propósito final de la estrategia retórica de Obama en Egipto fue transformar la imagen de su país para que pasara de vil enemigo a un aliado sólido y constructivo, si bien también crítico.

Ahora bien, de los problemas que afrontaba el mundo en 2009, hemos visto que, a pesar de las buenas intenciones que mostraba Obama, algunos se han resuelto a medias, como el programa nuclear iraní, que, a día de hoy, parece detenido gracias al acuerdo internacional con el país persa, pero otros de estos problemas no han hecho sino agudizarse.

Quién le iba a decir al presidente norteamericano que, a pesar de sus buenas palabras, toda la primavera árabe estaba aún por estallar. Quién sabe si no en una mínima manera influida por las palabras de El Cairo. La aparición del Estado Islámico, su control sobre grandes zonas del territorio de Irak y Siria, la venta ilegal del petróleo de estas zonas, el golpe de estado fallido en Turquía, el enfrentamiento entre el país de la península de Anatolia y EEUU a causa de Fethullah Gulen, a quien acusa de la participación en el golpe del verano de 2016, todos estos asuntos han venido a dar al traste con la nueva política exterior que proponía Obama en su discurso. Por no hablar de la victoria electoral de Donald Trump con un discurso racista y xenófobo contra los musulmanes.

Podemos decir, entonces, que, si bien las palabras de Obama fueron tenidas en cuenta como sinceras en el momento de ser dichas, en la práctica quedaron en agua de borrajas.

4. Conclusión

Terminamos con Michel Foucault, con el que empezamos estas páginas. En su libro *Microfísica del poder*, Foucault afirma que el sistema capitalista se perpetúa gracias al ejercicio de poderes que se hayan presentes en la sociedad, los llama “micropoderes” (Foucault, 1980, p. 107-119). Así, según el pensador francés, Marx estaría equivocado al considerar que el poder pasa por el enfrentamiento entre dominantes y dominados. Según Foucault, el poder está presente en todas las partes de la sociedad, el estado y los grupos sociales hacen uso del poder. El poder se ejerce de manera sutil en la familia, la escuela, las organizaciones políticas, instituciones, fábricas, incluso en los lazos íntimos. Esto lo llevo al concepto de “sociedad disciplinaria” (Foucault, 1980, p. 150-152).

Solo los individuos disciplinados de una sociedad capitalista, a través de sus mentes y sus cuerpos, deben tener un pensamiento metódico y una aceptación de las normas según requerían las sociedades de control. Esos individuos eran los aceptados y eran los únicos que se consideraban aptos para asegurar la productividad necesaria en un mercado capitalista. Pero este modelo fue cambiando con la llegada de la postmodernidad. El control pasó a la seducción, al hedonismo y el consumo casi compulsivo. Para definir ese ambiguo sistema de relaciones entre el poder y la vida cotidiana Foucault creó el término “biopolítica”, concepto que implica que la ideología capitalista requiere el control del cuerpo del individuo. Va más allá del

control social. Lo principal sería el control biopolítico, de modo que sea el propio cerebro de la persona el que se autocontrole.

Todo esto nos lleva a pensar que las raíces del modelo ideológico y político que impera en la mayor parte del mundo tiene unos objetivos muy claros. Objetivos que van más allá de los deseos de sus propios líderes. De modo que resulta muy difícil proponer alternativa que modifiquen el curso de todo el proceso. Así, pudimos ver que el discurso de Obama no pasó de ser un mero *desiderátum*, una aspiración a un cambio de la política internacional que evitara mayores conflictos. Sin embargo, hemos asistido, impávidos, al aumento del enfrentamiento, la exacerbación del cainismo, la capacidad destructiva del terrorismo y la aparente imposibilidad de diálogo entre las sociedades occidentales y algunos grupos vinculados al islamismo radical.

En los últimos años, sobre todo desde el año 2009, cuando se presenta el discurso de Obama, hemos asistido al cambio del mundo, a la impotencia aparente de las palabras para lograr un mundo mejor. Pero no debemos rendirnos. La palabra dicha, como la flecha lanzada y la oportunidad perdida, no retorna jamás. Y deja huella. Estas palabras de El Cairo han dejado huella. Quién sabe a dónde terminarán arribando.

No queda sino reivindicar el poder de la palabra. La necesidad de utilizar la metáfora que nos legó Eduardo Galeano cuando decía que qué era el horizonte. Esa línea que se aleja conforme te acercas, inalcanzable. Das un paso y el horizonte retrocede un paso. Das otro paso y otro paso que retrocede el horizonte. ¿Para qué entonces sirve perseguir este imposible? Para caminar.

5. Bibliografía

- Bermúdez, M. (2016). “Análisis del discurso político contemporáneo: el camino de la retórica a la política”. Actas del I Congreso Internacional Comunicación y Pensamiento, Universidad de Sevilla, 928-940.
- Castro Ruz, F. (2009). “El discurso de Obama en El Cairo”. *Cuba Debate* (<http://www.cubadebate.cu/reflexiones-fidel/2009/06/08/discurso-barack-obama-cairo-egipto-al-azhar/#.WWn-RIjyIU>).
- Chomsky, N. (2009). “El discurso de Obama en El Cairo”. *Sin permiso. República y socialismo también para el siglo XXI*, pp. 1-4 (<http://www.sinpermiso.info/textos/el-discurso-de-obama-en-el-cairo>).

- Fischer, J. (2009). "The Middle East in Motion", Project Syndicate, pp. 1-3 (<http://www.factsandarts.com/current-affairs/the-middle-east-in-motion/>).
- Foucault, M. (1980). *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de La Piqueta.
- Foucault, M. (1997). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, M. (1998). *Historia de la locura en la época clásica*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- González, R. y Soler, E. (2009). "Obama en el Cairo: la fuerza de las palabras", *Opinión CIDOB (Centre for International Affairs)*, pp. 1-5 (https://www.cidob.org/publicaciones/serie_de_publicacion/opinion/mediterraneo_y_orientemedio/obama_en_el_cairo_la_fuerza_de_las_palabras).
- Le Monde* (2009). "Européens et Américains doivent souvenir, ensemble, la politique de M. Obama au Proche-Orient" (http://www.lemonde.fr/idees/article/2009/06/22/europeens-et-americains-doivent-soutenir-ensemble-la-politique-de-m-obama-au-proche-orient_1209922_3232.html).
- Murphy Lewis, P. (2009). "La doctrina Obama: un análisis del discurso de El Cairo", *Estudios Internacionales* 163, pp. 129-133.
- Pereira Otero, C. A. y Patino, A. A. (2009). "Los límites del principio de la libertad individual", XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Universidad de Buenos Aires, pp. 1-8 (<http://cdsa.academica.org/000-062/1952.pdf>).
- Razeto, L. (1981). "Libertad individual y estado", *Revista de Estudios Sociales*, n. 28-29, pp. 60-75).